

está tan íntimamente unida á Jesucristo, que es la verdadera vid; y por eso la Santísima Virgen María recibió tan gran abundancia de vida divina, que pudo y podrá hasta el fin de los siglos distribuirla en su plenitud á todos los hijos de Adán. ¡Sarmiento divino, ó más bien segunda vid salida de la primera, y por la cual todas las ramas vienen á reunirse al tronco divino que es la santa humanidad de su amadísimo Hijo! Tal es la unión íntima de María con Jesús, á la que tantos pecadores deben su conversión, tantos justos su perseverancia y tantos elegidos su dicha eterna. He aquí por qué estando los Apóstoles tan unidos á Jesús, la verdadera vid, fueron llenos del Espíritu Santo, y, por consiguiente, de la vida de Dios, conquistando para Jesucristo tantos reinos, es decir, difundiendo la vida divina y con ella el reino de Dios y de su divino Hijo en tan gran número de almas. Sus sufrimientos, divinizados por esta reunión, tenían tanta eficacia que sus predicaciones arrancaban á los pueblos de las tinieblas del error, haciéndolos ver la claridad de la verdad evangélica. He aquí por qué se regocijaban de sufrir los oprobios por el santo nombre de Jesús, predicando su doctrina: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti, sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*. Uno de ellos, sobre todo, que sufrió por su santo nombre, no menos que los otros, el Apóstol San Pablo, se complacía en la enumeración de sus sufrimientos por la salvación de las naciones, á las cuales había sido enviado. El es quien dijo á los Gálatas, sus hijos espirituales en Jesucristo. *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*. «Hijitos míos, á quienes doy á luz otra vez, hasta que Jesucristo se forma en vosotros». Y el es también quien les reveló el secreto de este alumbramiento misterioso, de esta fecundidad apostólica, diciéndolos: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*. «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Jesucristo, en quien estoy crucificado para el mundo y el mundo lo está para mí. Yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Je-

sús». *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*. (Gal., vi, 14, 19.)

Unirse á Jesucristo por la caridad, como el sarmiento se une á la vid, con la pureza de intención que da una dirección sobrenatural, he aquí todo el secreto de la elevación de nuestros sufrimientos al estado divino; he aquí la condición indispensable de su divina fecundidad para nuestro bien y para el de los otros; he aquí lo que los hace meritorios para nosotros y eficaces para la salvación y perfección del prójimo. Unámonos, pues, á los sufrimientos de Jesucristo, sobre todo á su humildad, paciencia y caridad ardiente por Dios y por los hombres. Unámonos á las intenciones de los sufrimientos de Jesús, es decir, al designio que se propone de glorificar á Dios, su Padre, y de salvar á los hombres. Esto es lo que hicieron los santos y por este medio fueron verdaderos apóstoles de la gloria de Dios y de la salud de sus hermanos por sus sufrimientos.

El Apostolado del sufrimiento no puede fructuosamente ejercerse sino con esta condición. Aceptémosla con valor, y concluyamos diciendo: que el que se une más íntimamente por el amor y por el dolor á los sufrimientos de Jesucristo, es también más apóstol del sufrimiento.

### CAPÍTULO XIII.

#### CONCLUSIONES PRÁCTICAS DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Puesto que Jesucristo es la vid y nosotros los sarmientos, puesto que es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, si queremos participar de su vida divina, de suerte que se derrame en nosotros sobrenaturalmente, hasta en nuestras menores obras y en nuestros menores sufrimientos, es necesario que permanezcamos unidos á Jesucristo

por la caridad, y nos asociemos á sus disposiciones y á sus intenciones.

De todos los principios de la vida espiritual este es el más práctico y fecundo, pudiendo decirse que encierra en sí mismo todos los otros. En efecto, él es la obra puesta en acción de nuestra incorporación á Jesucristo y de su desarrollo en nosotros, hasta la plenitud de la edad de Cristo, según la expresión de San Pablo: *In mensuram ætatis plenitudinis Christi.* (Eph., IV.)

La economía completa de nuestra elevación al estado sobrenatural y divino consiste en la formación creciente de Jesucristo en nosotros, hasta esa plenitud de que habla el Apóstol en el mismo pasaje de su Epístola á los de Efeso, en que, desarrollando la admirable doctrina de la unidad de los miembros de Jesucristo, demuestra al mismo tiempo el principio y la perfección de esta unidad, sacando consecuencias prácticas que se adaptan á nuestro objeto. He aquí las palabras del Apóstol: «Yo, que estoy encadenado por Jesucristo, os conjuro á marchar de una manera digna de vuestra vocación, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, sufriendoos los unos á los otros con caridad, y exforzándoos cuidadosamente en conservar la unidad del espíritu, en el lazo de la paz. Vosotros no formáis más que un solo cuerpo y un solo espíritu entre vosotros, como no hay para vosotros más que una sola esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, Padre de todos, que está por encima de todos.....» Ahora bien, á cada uno de vosotros le ha sido dada la gracia, según la medida con que Jesucristo ha tenido á bien dársela: á los unos los ha dado la de ser apóstoles, á los otros la de ser profetas, á los otros la de ser evangelistas, sacerdotes y doctores, conduciendo así á su consumación la formación de los santos, para la obra del ministerio evangélico y para la edificación del cuerpo de Jesucristo hasta que lleguemos todos, en fin, á la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, á la medida de la plenitud de la edad de Cristo.

Ahora bien, para alcanzar esta medida, «renovaos, nos dice todavía San Pablo, en el espíritu que vivifica vuestra alma»: es decir, renovaos por la virtud vivificante de la gracia, comunicada á vuestra alma, por la cual gracia el Espíritu Santo nos regenera y nos trasforma; «y revestíos del hombre nuevo que ha sido criado, según Dios, en la justicia y en la santidad verdadera y no fingida». Esto es, «revestíos de Jesucristo, nuevo Adán», para que, deponiendo entre vosotros la mentira, sólo digáis la verdad; porque unos somos miembros de los otros..... No dejéis en vosotros lugar alguno al desorden..... y no contristéis al Espíritu Santo. Sed benévolos y misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros como Dios os ha perdonado en Jesucristo». (Eph., IV.)

Como ves, lector querido, el gran Apóstol te enseña lo que es necesario saber en la práctica para nuestra incorporación á Jesucristo, es decir, para la unión de nuestra vida, acciones y sufrimientos, á su vida, á sus acciones y sufrimientos. La imitación de las virtudes de nuestra divina Cabeza, particularmente de la humildad y de la caridad, he aquí el medio más eficaz para que esta unión dé sus frutos y nuestros sufrimientos sean provechosos á nosotros y á nuestros hermanos.

De todo: lo que acaba de decirse tocamos esta conclusión práctica, á saber: que de las tres maneras de sufrir que se conocen entre los cristianos, solo hay una digna del verdadero discípulo de Jesucristo, una sola que es meritoria para el cielo, una sola que puede contribuir á la salvación de las almas y poseer una verdadera virtud apostólica. Estas tres maneras de sufrir son: la primera infernal, la segunda puramente terrestre y la tercera celestial y terrestre á la vez.

Para expresar mejor nuestro pensamiento dividiremos á los cristianos que sufren en tres categorías: la primera es la de los malos cristianos, para quienes el sufrimiento es una ocasión de blasfemar y murmurar de Dios, de quien es la mano que los hiere. Estos cristianos, indignos de su nom-

bre, sufren *diabólicamente*, es decir, como los demonios y condenados en el infierno, los cuales murmuran, se rebelan, odian y blasfeman. Soportados así sus sufrimientos, no sólo no son meritorios, sino que serán para ellos ocasión de males inevitables, si perseveran en sus culpables disposiciones; y no solamente no serán útiles á sus hermanos sino que, á causa del lazo de solidaridad que existe entre los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, son frecuentemente dañosos, porque hacen que el brazo de Dios sea más pesado para los inocentes, que en este caso sufren por sus hermanos culpables.

Así, esta primera categoría de cristianos padece sin méritos y sin consuelo. ¿Qué digo? Sus penas y sus tribulaciones aumentan de intensidad á medida que crecen sus murmuraciones, hasta tal punto, que algunas veces se vé que muchos de ellos se precipitan en el abismo de la desesperación y ponen fin á sus días con el suicidio. ¡Remedio cruel! Porque por este último acto de rebeldía contra Dios, de temporales que eran sus sufrimientos, se hacen irremediables y eternos. ¿Hay nada más triste ni más aflictivo que el sufrimiento, soportado con parecidas disposiciones y con semejante resultado? Sufrir en este mundo, con los sufrimientos mal sobrellevados, y sufrir eternamente en el otro, ¿no es cosa horrible? De todos los males, ¿no es este evidentemente el peor? ¿Y no debe el cristiano hacer todo lo posible por evitarlo? El sufrimiento ha sido impuesto al hombre, como todos los demás deberes. Rebelarse contra él, es rebelarse contra Dios que le envía, y, por consiguiente, merecer su venganza. De aquí estas palabras de San Agustín: *Una cademque vis irruens bonos probat, purificat; malos vastat, damnat, exterminat.* Lo que quiere decir: «La misma mano que se hace doblemente pesada para el justo, le prueba y le purifica; mientras que el malvado que se rebela contra ella se daña y se pierde».

La segunda categoría se compone de cristianos que sufren *indiferentemente, estóricamente*, es decir, sin ningún motivo sobrenatural, más que porque

no pueden evitar el sufrimiento, que, sobrellevado de esta manera, es completamente estéril de frutos de salvación. Sin relación alguna con el orden sobrenatural, en atención á que nada se eleva por encima de lo humano y de lo terrestre, ¿cómo podría obtener el sufrimiento un resultado sobrenatural y dar frutos sobrenaturales, esto es, contribuir eficazmente á la salud eterna del que le padece? Estos linajes de sufrimientos son penosísimos para el que los soporta, no estando consolado por los motivos que robustecen la esperanza del cristiano. Y cualquiera que sea la fuerza de carácter del que los sufre, es difícil, por no decir imposible, que no sean para él una carga muy pesada; y si se agravan considerablemente, una carga insostenible. En todo caso, lo repetimos, estos sufrimientos se padecen en pura pérdida; y esta pérdida es seguramente deplorable. Cuando un hombre se entrega durante largo tiempo á un trabajo muy penoso, y llega su fin y no saca absolutamente ningún provecho, ¿no tiene motivo para deplorar la pérdida de este trabajo? Pues de la misma manera las aflicciones, los trabajos, las penas de todas clases que llenan tres cuartas partes de nuestra vida, por no decir nuestra vida entera, cuando no dan más resultados que el de haber sido sufridos porque era imposible impedirlo, ó bien para dar satisfacción á una necia vanidad del estoicismo, ¿no ofrecen materia para humillarse y para hacer gemir profundamente? Está manera de sufrir envilece al hombre, porque no le muestra en el dolor más que un tirano del que, de bueno ó mal grado, tiene que sufrir el yugo. Y si por fuerza de ánimo ó de carácter llega á disminuir su peso, este yugo representa una esclavitud sin gloria, quiérese decir, sin gloria verdadera.

¿Querías tú, lector amado, ser así, y que tus sufrimientos fuesen heridos de una exterioridad tan triste y tan humillante? ¡Oh, no; tú no puedes quererlo! Tu fe y tu dignidad de cristiano lo repugnan; y con la gracia de Dios te hallas dispuesto á sufrir como la tercera categoría de la cual vamos á hablarte.

Esta categoría es la de los cristianos dignos de este nombre, que ven en los sufrimientos lo que todo cristiano debe ver, un medio de expiar sus pecados y de hacerse semejante á Jesucristo, cabeza y modelo de los predestinados, y, por consiguiente, digno de merecer el cielo.

Bajo el imperio de estos pensamientos saludables, que se derivan del orden sobrenatural, estos fervorosos cristianos sufren *sobrenaturalmente, divinamente*, es decir, con paciencia, con resignación, con amor, en unión con Jesucristo crucificado, su cabeza, conformándose tanto como pueden con sus disposiciones, con sus intenciones y con sus fines. Cualesquiera que sean la violencia y la duración de sus males, nunca sorprenderás en sus labios una palabra de reproche; y si te fuera dado penetrar hasta el fondo de su corazón, encontrarías en él los sentimientos de las grandes almas, de los grandes corazones, formados á imagen del sagrado Corazón de Jesús; quiérese decir, la resignación en el sufrimiento y el amor del sufrimiento. En muchos de ellos encontrarías este mismo amor, elevado al grado heroico que hizo exclamar á Santa Teresa en lo más fuerte de sus dolores: «Señor, Jesús, por vuestro amor, ó sufrir ó morir». *Pati aut mori*. Y á Santa Magdalena de Pazzi exclamar á su vez: «Señor, Jesús, por vuestro amor, sufrir y no morir». *Pati, non mori*. ¡Oh almas grandes, suplicad al Dios que inspira estos sublimes entusiasmos del amor á vuestro corazón generoso que abraza los nuestros con los mismos ardores, á fin de que, prefiriendo por el amor de Dios los sufrimientos á los consuelos, podamos exclamar con vosotros: «Sufrir, sí, sufrir todavía»; y con San Francisco Javier: «Todavía más sufrimientos, Señor, todavía más sufrimientos». *Amplius, Domine, amplius!*

Pero si no nos es dado sufrir de esta manera, que es entre todas, seguramente, la más sublime y la más divina, suframos al menos con una verdadera resignación cristiana, á ejemplo del Cordero de Dios que, mientras le clavaron en la cruz, no abrió su boca para quejarse. Sufrir de esta manera

es sufrir *cristianamente*, en unión con Jesucristo, cabeza de todos los cristianos; y si un pensamiento de celo viene á fecundar este sufrimiento así padecido, entonces se sufre *apostólicamente* y se llega á ser con toda verdad *apóstol del sufrimiento*. Entonces se convierte á los pecadores, se obtiene la perseverancia de los justos; en una palabra, se salva á las almas. Y si, con el auxilio de una gracia poderosa, se llega á amar el sufrimiento como una Teresa, como una Magdalena de Pazzi, como un Francisco Javier, entonces se realiza con larguísima proporciones, cuya extensión sólo es conocida de Dios, este *Apostolado del sufrimiento*, al que te convidamos, lector querido, con toda la fuerza de persuasión de que somos capaces.

No faltarán en este desdichado siglo almas generosas, que consientan en ofrecerse á Dios como *víctimas del dolor y del amor*, con la víctima por excelencia; no faltará esperanza de salvación para la generación presente; no faltará esperanza de un triunfo próximo y brillante para nuestra santa madre Iglesia: *Fiat, fiat*. La sangre de los mártires es semilla de cristianos. Ahora bien, las almas voluntariamente sacrificadas por Dios y por sus hermanos, ¿no son mártires ocultos? Así lo fué San Luis Gonzaga, según lo dice la misma Santa Magdalena de Pazzi, la cual, habiendo visto en éxtasis la gloria de Luis en el cielo, exclamó: «Sí; Luis, hijo de Ignacio, fué un mártir, un mártir de caridad».

¡Oh Jesús! poned en el corazón de algunos jóvenes cristianos fervorosos el pensamiento y el deseo de ofrecerse á vos, como víctimas del dolor y del amor, por esta desdichada generación. Vos sólo sabéis lo que vale á vuestros ojos, y cuánto os agrada, el sacrificio de las primicias de la vida, en una edad en que tantos otros no piensan más que en ofenderos, abandonándose á toda la fuga de sus pasiones. Uno de los sacrificios de la antigua ley más agradable al Señor era el de las primicias. Vos lo sabéis, Cordero divino de Dios, y he aquí por qué desde vuestra entrada en la vida os ofrecisteis á vuestro Padre celestial, como una víctima precoz,

colocándoos desde el primer instante de nuestra existencia en estado de servir de holocausto para su gloria y para nuestra salvación. Sed para siempre bendito, y ojalá puedan muchos jóvenes y nobles corazones, inspirándose en vuestro ejemplo, ofrecerse con vos á vuestro Padre celestial, como sacrificio de agradable olor para la salvación de sus hermanos, en estos desdichados tiempos, en que tan gran número de ellos, pervertidos por la impiedad y la corrupción del siglo, se pierden para siempre.

#### CAPÍTULO XIV.

LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON LOS DE JESUCRISTO SE OBRA POR EL ESPÍRITU SANTO.

Vale mucho saber que nuestros sufrimientos no pueden ser *deíficos* sino en virtud de nuestra unión con Jesucristo; y vale mucho más todavía desear esta unión y cumplirla. Pero ¿de dónde se ha de sacar esta ciencia sobrenatural del sufrimiento? ¿De dónde se ha de sacar este deseo eficaz de sufrir en conformidad con Jesucristo? No es ciertamente el genio del hombre el que ha de proporcionarle esta luz, ni su voluntad este deseo. Todo lo que tiende al orden sobrenatural supera infinitamente las energías de la humana naturaleza. Por poderosas que se os figuren, siempre habrá entre la una y el otro la distancia de un abismo inmenso, la distancia de lo infinito. Si el hombre llega á poseer esta ciencia, si se eleva á estas afecciones, á estos actos sobrenaturales, bien puede decirse, en conclusión, que un nuevo sol se ha levantado sobre su cabeza, el cual enviándole sus celestiales rayos para esclarecer su espíritu, ha comunicado á su voluntad y á su corazón sus energías divinas y su divina vitalidad. Pero ¿cuál es, preguntarás, ese misterioso sol de las almas, que las inunda de claridad y las vivifica, dándoles la divina ciencia del

sufrimiento y la fuerza requerida para soportarle sobrenaturalmente? Este sol es el *Espíritu Santo*. Sin él la inteligencia humana, en el orden sobrenatural, permanece sepultada en noche profunda; y la voluntad, reducida á la impotencia, yace inerte y sin vida. Esto es lo que hace decir á Bossuet las palabras siguientes, que pueden leerse en uno de sus discursos para el día de Pentecostés, donde trata con su elocuencia acostumbrada, de la debilidad de nuestra naturaleza y de la necesidad que tiene de la gracia del Espíritu Santo para fortalecerse contra sus propias enfermedades: «Aspiremos á la perfección cristiana; sigamos un poco á Jesucristo en el estrecho camino, y nuestra experiencia nos hará reconocer bien pronto nuestra enfermedad. Entonces será cuando, fatigados por las pertinacias opuestas de la codicia, confesaremos que las fuerzas nos faltan si la gracia divina no nos sostiene. Porque, en fin, no es una obra humana la de dominar á este enemigo doméstico que nos persigue tan vivamente y que no nos da ningún descanso. Siendo así desgarrados en nosotros mismos, nos consumamos por nuestros propios esfuerzos. Y no pensemos que podemos relevarnos del sufrimiento por nuestro natural vigor, pues este se disminuye, sucediendo lo que al pobre enfermo moribundo, que no sabe lo que hacerse. Imagina que levantándose podrá aliviarse un poco, y acaba por perder su escasa fuerza, en un trabajo que no puede soportar; y después de haberse atormentado mucho, arrastrando sus miembros doblemente pesados por una inercia extrema, vuelve á caer como una piedra, sin pulso y sin movimiento, más débil y más impotente que nunca. Lo mismo sucede con nuestras voluntades, si no son auxiliadas por la gracia».

Los auxilios del Espíritu Santo son indispensables para hacernos triunfar de las propensiones de nuestra naturaleza. ¡Cuánto más necesarios serán para hacernos aceptar el sufrimiento con resignación y amor, en conformidad con el divino Crucificado, es decir, para elevarnos por encima de